

La haitianidad en el contexto de la cultura popular tradicional cubana

Orlando Vergés Martínez

Con la llegada de cientos de miles de inmigrantes haitianos durante los primeros treinta años del siglo XX, se inició el más reciente intercambio en profundidad que haya sostenido la cultura cubana con otra cultura; subrayó el más reciente intercambio en profundidad para significar que, para entonces, la cultura cubana es ya el resultado de encuentros e intercambios sucesivos de otras culturas.

Por otro lado, el encuentro de lo haitiano con lo cubano o viceversa, debido a su proximidad en el tiempo, a su magnitud, extensión y resultados latentes, figura como un intercambio que está teniendo lugar, un proceso sociocultural no concluido.

En igual período llegaron a Cuba otros grupos de inmigrantes¹, cuyas inserciones en los ambientes cubanos tuvieron lugar, básicamente, a nivel de las relaciones intrafamiliares y también en los marcos de algunas localidades específicas. En cambio, el monto de la inmigración haitiana y su distribución por toda la mitad oriental del país, le han proporcionado mayor notoriedad.

Se puede hablar de un sentimiento de haitianidad ampliamente difundido en el contexto de la cultura popular tradicional cubana. Tanto que, a mi modo de ver, estamos en presencia de un caso que estimula la ocurrencia de procesos formativos actuales en la cultura cubana.

Este sentimiento —o si se prefiere, conducta, para usar un término más cercano a la sociología de la cultura— es sostenido hoy no precisamente por aquellos inmigrantes que llegaron a principios del siglo XX,

¹En un período más o menos similar y por los mismos motivos que los haitianos, llegaron a Cuba contingentes de braceros de distintas nacionalidades del Caribe, jamaicanos en su mayoría. También se registra una inmigración de peninsulares y canarios que se establecen en la zona central del país.

de los cuales solo sobrevive una pequeña cantidad, sino por los descendientes, al menos por tres generaciones de considerables magnitudes.

La descendencia haitiana en Cuba es sociológicamente significativa en las zonas de su asentamiento, no solo por la cantidad, sino además por sus cualidades y características. Conducido por estos descendientes, el sentimiento de haitianidad se ha multiplicado en las regiones donde se establecieron los haitianos en Cuba, y está comenzando a llegar también —con toda su carga de “encantamiento mágico”—, a otras zonas más al occidente del país; su inserción definitiva en el etnos social cubano se lo ha facilitado.

¿Qué rasgos distinguen este sentimiento o conducta, y cómo interactúa con los ambientes cubanos actuales? En *El vodú en Cuba*, obra pionera de los estudios cubanos sobre este particular, Joel James ofrece un análisis que merece no perderse de vista. Según este autor, la precariedad de la vida de los haitianos en Cuba, y en particular las formas discriminatorias y de rechazo a las que se vieron expuestos hasta el triunfo revolucionario en enero de 1959, los compulsó a hacer. “[...] ostentación de aquello con lo cual, objetivamente, según se ha visto, se puede imponer al resto de la comunidad dentro de la cual se encuentra viviendo; y aquí imponer equivale a decir ser aceptado. De aquí que el sentimiento de haitianidad nos esté encubriendo realmente un sentimiento de cubanidad exacerbada”.²

Y más adelante agrega: “Este recurso que aparentemente es un recurso de reafirmación de la haitianidad, en realidad es un recurso de introducción de la cubanidad, una voluntad de ser cubano y de ser reconocido como tal”.³ Este sentimiento ha obrado no solo como un mecanismo consciente empleado por los haitianos, toda vez que se sienten no aceptados por los cubanos; también opera en tanto características inmanentes, es decir, propias de este segmento humano en las condiciones de Cuba.

Como cualidad diferenciante, el sentimiento de haitianidad no es en la actualidad la respuesta a un medio hostil, como lo fue hasta enero de 1959. Hay un conjunto mayor de motivaciones, de procedencia muy diversa, que refuerza esta práctica y que la elevan hasta el nivel de un verdadero trasplante cultural que ha arraigado y proliferado en Cuba con personalidad propia y distintiva.

² Joel James: *El vodú en Cuba*, Ediciones CEDEE y Casa del Caribe, 1998, p. 91.

³ *Ibíd.*, p. 92.

La más sencilla de estas motivaciones suele encontrarse frecuentemente en los estados emocionales de nostalgia, añoranza y evocación de Haití; país que los descendientes no conocen, pero al que se sienten ligados de manera natural por ser la patria de sus ancestros. Actúan también otros móviles no menos importantes, que han transitado por una realidad de adaptación, sin perder su funcionalidad. A la haitianidad como conducta le es consustancial el ejercicio de una tolerancia controlada, que se caracteriza por la construcción pre lógica, sencilla, de la cotidianidad. Las manifestaciones socioculturales cubanas pueden acceder con relativa facilidad a sus similares de origen haitiano, y en esos acercamientos se pueden producir profundos “efectos de contagio” de las primeras por las segundas. De aquí que los asentamientos de origen haitiano hayan “contaminado” sus periferias más cercanas.

No es difícil constatar cómo en zonas más o menos distantes de algún enclave de la práctica del vudú, las expresiones religiosas existentes incorporen parte de los objetos de culto y de la parafernalia de la mencionada religión.

En la comunidad de Barranca, localidad situada a 25 km de Palma Soriano, en la provincia de Santiago de Cuba, donde los inmigrantes haitianos y su descendencia llegaron a constituir mayoría desde el año 1916, se observan claros signos de preferencia por las festividades de origen haitiano, como el gagá (celebración de la semana santa haitiano-cubana).

Los pobladores de esta comunidad reproducen en sus entornos familiares determinadas conductas aportadas por los haitianos y sus descendientes, que van desde el uso de artículos e indumentarias de vestir, hasta los recursos de la memoria oral, pasando por la acentuada proliferación de platos pertenecientes a la cocina y repostería haitianas.

La haitianidad en Cuba se patentiza con el uso extendido del creole entre los descendientes. El creole a la postre irá en desuso, pero le auguro un tiempo más de vida activa; sobre todo porque los portadores son conscientes de que, bajo determinadas circunstancias, pueden formar una comunidad de hablantes, lo que se traduce en un recurso colectivo para controlar signos, significados y conductas. Esto lo hace un grupo fuerte, leal a sí mismo.

Es probable que un sentido común tan desarrollado como el de este grupo social llegara con ellos, pero esta cualidad humana se acentúa también en las condiciones de Cuba.

La familia de ascendencia haitiana en Cuba, por lo general, prefiere la vida compartida. La familia unida, estable y extendida, asegura en esos mismos términos la continuidad de sus expresiones socioculturales. Este grupo social no se entrega con facilidad a la dispersión que ocasiona el choque con el otro. Tal vez, los intercambios entre cubanos y haitianos parezcan más lentos, dilatados y densos, debido a que las esencias culturales de procedencia haitiana fluyen —de manera controlada— a través de la descendencia y no deliberadamente, como pudo haber ocurrido con otras nacionalidades que han entrado en contacto con manifestaciones socioculturales cubanas en los últimos tiempos.

En los grupos de origen haitiano subyace siempre un ambiente social propio, casi intransferible; y aunque ya sean considerados cubanos por incorporación histórica, continúan siendo ámbitos donde se refunden la cultura material y espiritual de aquel país como prueba de un ejercicio consciente de sus portadores.

En la Casa del Caribe de Santiago de Cuba, institución pionera en los estudios sobre la presencia haitiana en Cuba, pensamos que aún este componente no ha sido lo suficientemente bien valorado en las múltiples y variadas formas de manifestación de lo cubano. Todos estos elementos que hemos diferenciado como propios y determinantes de la presencia haitiana en Cuba, tienen un peso considerable en la Cultura Nacional, el problema es que los inmigrantes haitianos históricamente se asentaron en la mitad oriental del país, no fueron más allá. Las autoridades políticas de la república en esos años iniciales, en acuerdos espurios con la oligarquía y la sacarocracia cubana, no le permitieron ir más allá de la imaginaria línea divisoria de la vieja trocha de Júcaro a Morón.

De esta manera, la presencia haitiana en Cuba no pasó de ser una peculiaridad regional. Pero, ¿por qué no llevar también a las caracterizaciones de lo nacional las manifestaciones regionales de lo cubano?, ¿acaso no pudiera esto resultar enriquecedor?

Cuando alcancemos incluir de manera rotunda las peculiaridades regionales en las definiciones de lo cubano, no solo se cuantificará lo nacional, sino que además se cualificará.

Se me antoja considerar que la consistencia que ha alcanzado en la mitad oriental del país lo que hemos dado en llamar complejo franco-

haitiano-cubano⁴ puja por un espacio de relevancia en la definición de lo cubano. Estoy persuadido que este reclamo exige no solo de un esfuerzo desde la ciencia, también requerirá de no pocas acciones prácticas.

⁴ Para el caso, más que la presencia haitiana, que nos alude a la segunda oleada migratoria provocada por el auge azucarero cubano de principios del siglo XX, conviene emplear el término complejo franco-haitiano-cubano, que para los estudiosos del tema remite también a la oleada migratoria que se produjo inmediatamente después del estallido de la revolución haitiana en 1791, y que trajo a las costas del oriente de Cuba no pocos colonos franceses con sus dotaciones de esclavos y de aportaciones considerables que llegan hasta nuestros días.